

La Novela

Ximena Guarello

El hombre está inmerso en el espacio y en el tiempo. Estos dos elementos lo limitan, lo enmarcan en su actuar. Como compensación, el ser humano trata de romper o de salirse de este marco, se rebela ante su limitación; busca nuevas técnicas que le permitan ampliar su horizonte, y dominar y aprovechar el tiempo sin malgastarlo, ya que éste pasa inexorablemente. El gran avance de la tecnología es producto de este anhelo humano.

Frente al marco espacio-temporal, el hombre ha reaccionado de distintas maneras a través de las épocas: se evadió imaginativamente en las novelas de caballería, donde el acontecer transcurre en un espacio y en un tiempo irreal, fantástico. Evasión que se proyecta en las novelas de ciencia-ficción contemporáneas que nos hacen viajar a otros planetas, a otros mundos, a espacios diferentes, sumergidos en la cuarta dimensión.

Pero la evasión no siempre es posible: el tiempo y el espacio oprimen, angustian, aplastan, como lo muestra José Eustasio Rivera, autor de *La Vorágine*, en las líneas finales de esta obra:

*Hace cinco meses búscalos en vano Clemente Silva.
Ni rastros de ellos.
¡Los devoró la selva!*¹

Es el ser humano enfrentado al medio físico que lo condiciona y lo hace existir de una manera determinada, como ocurre en *La Casa Verde*, de Mario Vargas Llosa.

En otras oportunidades, es la herencia psicossomática la que proyecta el transcurrir humano en un tiempo y en un espacio que encierran en un círculo difícil de romper: es lo que expone la temática de William Faulkner, al relatar cómo una determinada familia o grupo social hacen al hombre responsable de

¹ Rivera, José Eustasio: *La Vorágine*. Editorial Nacional, Méjico, 1967, p. 321.

un "pecado" hereditario, transmitido de generación en generación (*¡Absalom, Absalom!, El Sonido y la Furia*).

* * *

El suceder novelesco, como el mismo verbo lo indica, denota un padecer, un soportar el devenir en el que el hombre está sumergido. Esto no significa que el ser humano no pueda reaccionar para reacondicionar este acontecer. Sin embargo, al revés del drama donde lo fundamental es el conflicto que emerge desde el choque de los caracteres, en la novela el fluir de los acontecimientos está fuertemente connotado por lo cósmico, que escapa al control del hombre: cataclismos de la naturaleza, sucesión del día y de la noche, distancias... enmarcan la acción humana y la condicionan de alguna manera.

En la vida real, el acontecer es en parte indiferente en relación a nuestro actuar; los sucesos podrían ser alterados o algunos de ellos eliminados: podrían ocurrir aquí y ahora en vez de allá y después. Sin embargo, en ciertos momentos de nuestra vida, el acontecer nos da la impresión de que estamos frente a una sucesión irreemplazable, ya sea en lo positivo o en lo negativo, y que traducimos con expresiones tales como "me sucedió lo peor que me podía pasar"; o bien, "me ha sucedido exactamente lo que yo quería que me sucediera"; además, en esas ocasiones, consideramos que el tiempo y el espacio en que transcurrieron los hechos son inseparables de éstos, como cuenta *Papelucho*:

Por fin estamos en el campo. ¡Qué felicidad poder andar sucio y sin gomina!

.....

Con Javier salimos a caballo todo el día. Ahora, él es bien amigo mío y los dos somos amigos del Chirigüe. Hay un caballo ciego que me da mucha pena y le doy de comer con la mano.

Hicimos un picnic con Javier y nos comimos seis huevos cada uno y una sandía cada uno. Después nos dimos un baño de barro y otro de agua del estero. Salimos a caballo ocho veces en el día y anduvimos en carreta y en tractor. También aprendimos a lacear y a manejar vacas. Lo importante es la cola porque colea los ojos. También regamos la chacra y no tomamos té porque la leche de vaca es rica en el balde. Y ahora nos acostamos sin desvestirnos porque vamos a salir a las cuatro de la mañana a cazar con Chirigüe. Hoy fue un día perfecto. El días más feliz de mi vida, creo².

² Paz, Marcela: *Papelucho*. Editorial Del Pacífico, Santiago, 1955, pp. 37-38.

En la novela, los acontecimientos están sometidos a un devenir que no puede tener otra concatenación ni una duración distinta ni un espacio diferente. El novelista se convierte en un demiurgo que reordena los elementos del cosmos a imagen y hechura del mundo interior humano. Ahora se trata de un acontecimiento ideativo que nos muestra cómo debe ser el mundo y cómo no debe ser; y cómo debe reaccionar el hombre ante él o cómo no debe hacerlo.

Buen ejemplo de esto lo ofrece *El Principito*, de Antoine de Saint Exupéry, en el episodio del farolero: el Principito llega al quinto planeta:

*El quinto planeta era muy curioso. Era el más pequeño de todos, pues apenas cabían en él un farol y el farolero que lo habitaba. El Principito no podía explicarse para qué servirían allí, en el cielo, en un planeta sin casas y sin población, un farol y un farolero*³.

Y se dice a sí mismo:

*Su trabajo, al menos, tiene sentido. Cuando enciende su farol, es igual que si hiciera nacer una estrella o una flor y cuando lo apaga es como si durmiera la flor o apagara la estrella*⁴.

Pero ésta no es la misma opinión que tiene el farolero sobre su trabajo, quien al ser interrogado por el Principito declara:

—Mi trabajo es algo terrible. Antes siquiera era razonable; apagaba el farol por la mañana y lo encendía por la tarde. Podía descansar el resto del día y dormir por la noche...

—¿Y luego cambiaron la consigna?

*—Eso es lo grave, que la consigna no ha cambiado —dijo el farolero. El planeta gira cada vez más de prisa y la consigna sigue siendo la misma*⁵.

Son dos seres humanos que enfrentan un mismo acontecimiento, en un mismo cosmos, pero de maneras radicalmente distintas: el Principito aprovecha la situación para convertirla en algo hermoso, maravilloso. En cambio, el farolero se siente encadenado al movimiento incesante del planeta y a un trabajo hecho sin amor, donde lo único que importa es cumplir con su deber de prender y apagar el farol. Incluso cuando el Principito le propone una solución para aprovechar las características de su planeta, éste la rechaza:

³ Saint Exupéry, Antoine de: *El Principito*. Fernández Editores, S. A., Méjico, 1960, p. 43.

⁴ Ibid., p. 43.

⁵ Ibid., p. 45.

—Tu planeta es tan pequeño que puedes darle la vuelta en tres zancadas. No tienes que hacer más que caminar muy lentamente para quedar siempre al sol. Cuando quieras descansar, caminarás... y el día durará cuanto quieras.

*—Con eso no adelanto gran cosa —dijo el farolero—. Lo que a mí me gusta en la vida es dormir*⁶.

Son nuestras propias imperfecciones las que nos atan, impidiéndonos aprovechar las características de nuestros “planetas”. En cambio, el Principito se retira soñando en

*Las mil cuatrocientas cuarenta puestas de Sol que podría disfrutar cada veinticuatro horas*⁷.

Dos visiones para un mismo mundo, dos reacciones distintas frente a un mismo hecho inevitable, que lo hacen, en un caso, mecánico y rutinario; y en el otro, vital e irrepetible.

* * *

La narración novelesca puede presentar distintos valores. En primer lugar puede hablar al niño, a través de la presentación de un cosmos maravilloso, de acuerdo a su visión del mundo. Le habla a su imaginación, le presenta lo maravilloso en sí, como se aprecia en los cuentos de hadas, donde lo real con lo mágico, lo actual con lo pasado, lo cósmico con lo humano van entremezclados sin distinción de planos. Por otra parte, lo maravilloso también puede tener un fin didáctico, si de él, por semejanza o comparación con el acontecimiento presentado, se deduce una verdad de importancia o enseñanza moral. Este es el caso de la parábola y de la fábula. Sin embargo, lo más importante desde el punto de vista educativo es que el niño es capaz de reintuir la sugerencia de identidad entre los acontecimientos maravillosos y la idea humana encarnada en ellos, como muchos profesores lo han comprobado en cursos de séptimo año básico, al leer *El Gigante Egoísta*, de Oscar Wilde: el jardín se convierte en un espacio donde el egoísmo reina y que habla a través de un cosmos proporcionado a la psiquis infantil: egoísmo expresado en un invierno incesante, en una primavera que nunca llega, pero que convence también al adulto, porque lo maravilloso no alcanza su fin en sí mismo, sino que sirve de expresión a los sentimientos humanos.

⁶ Ibid., p. 46.

⁷ Ibid., p. 47.

Esta escala de valores, desde la simple semejanza a la sugerencia de identidad (acontecimiento ideativo o simbólico), se da también en las narraciones que eliminan lo maravilloso y se basan en sucesos cotidianos. Muchas de estas novelas se leen como apólogos o parábolas, en las cuales la moraleja está implícita en los mismos acontecimientos, que remiten, a través de una *similitud*, al valor que se quiere exponer, como sucede en algunas novelas y cuentos de G. K. Chesterton; en *Las Uvas de la Ira*, de John Steinbeck; en *El Señor de las Moscas*, de William Golding, o, en fin, en cualquiera obra novelesca que, por *analogía*, nos permita observar la vida humana sometida a un fluir distinto o semejante al nuestro, en espacios y tiempos desconocidos o habituales para nosotros.

Por último, los sucesos cotidianos pueden hablar al adulto en la novela, presentando un acontecimiento ideativo donde el lector se compenetra con el sentimiento intuido, que sugiere *identidad* y no analogía. Es la cúspide donde la novela “habla” poniendo en juego todas las facultades del hombre (*Historia del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, *La Hora Veinticinco*, *El Poder y la Gloria*, *La Casa Verde*).

* * *

Después de haber sido durante siglos el centro del universo, el hombre se encuentra disgregado, perdido en el cosmos. Ha pasado a ser una molécula frente a un universo donde los acontecimientos se suceden en forma tan vertiginosa que la lucha por mantener la identidad se torna cada vez más difícil. Tal vez por esta razón la novela sea actualmente, dentro de las artes de la palabra, la forma artística más adecuada para expresar la imagen desolada del hombre contemporáneo:

—¡Qué planeta más raro!, pensó el Principito; *está todo seco, puntiagudo y salado*⁸.

Planeta desértico que clama angustiosamente por el agua del amor humano que lo haga florecer nuevamente.

⁸ Ibid., p. 57.

